

MÉRIDA: ROMANOS, PAYOS Y GITANOS

Por SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS

Pa Carlos Rico y Víctor Hernández,
quiribós de chachipén,
diñándoles as garapatís.

En Mérida —la antigua Augusta Emérita, fundada por el legado imperial Publio Carisio el año 25 antes de Jesucristo— hay un gitano por cada cincuenta payos. Se trata de gitanos sedentarios, empadronados en el censo municipal e integrados, en cierta medida, en la sociedad emeritense. Habitan en una barriada de reciente construcción, situada en la zona Nordeste de la ciudad, y desempeñan los oficios clásicos de la «rati-calli» (1): son muleteros, tratantes, leñadores, herreros, limpiabotas, vendedores de lotería... Todos los años, alrededor del 12 de octubre, celebran sus fiestas tradicionales; por esas fechas tienen lugar la feria de ganado, las peticiones de mano y las ceremonias nupciales. Acuden a Mérida gitanos de toda Extremadura e incluso de otras regiones españolas. Durante varios días, la proporción numérica entre calés y payos no es de uno a cincuenta, sino de uno a cinco. La invasión gitana es —en una ciudad históricamente habitada a ocupaciones violentas— una invasión ruidosa, pero pacífica. Día y noche, sin solución de continuidad, la plaza mayor de Mérida y sus calles adyacentes vibran al compás ininterrumpido de las palmas flamencas. Los payos merideños, acostumbrados al espectáculo, continúan viviendo su vida. Y las venerables sombras mortuorias de Publio Carisio y sus «veterani emeriti» tiemblan de horror latino en sus moradas subterráneas.

«Conocer Mérida —se afirma en un folleto del Ministerio de Información y Turismo— es una obligación para quien desee estudiar el pasado hispánico». En efecto, pocas ciudades españolas guardan en su seno un porcentaje tan elevado y valioso de restos romanos. Y no me refiero solamente a esos monumentos cuyo prestigio ha traspasado las fronteras nacionales —el teatro romano, el circo, el anfiteatro, las termas, el acueducto de Los Milagros, el pantano de Prosperina, el templo de Marte...—, sino a esas extensas y aún inexploradas zonas de interés arqueológico que pueblan el subsuelo de Mérida. «Si pegas un puntapié a una piedra —me decía un amigo emeritense—, aparece una tumba romana, o una vasija, o un casco de centurión». La exis-

tencia de estas reliquias subterráneas, lejos de colmar de gozo a los vecinos de Mérida, los ha sumido en serias preocupaciones. El fantasma de la expropiación forzosa vaga, vestido de toga y «chamuyando» latín, por los sótanos y las bodegas. Realizar obras en Mérida equivale a desafiar a Octavio Augusto. La solidez arquitectónica de las ruinas romanas —los «corpinchobés» eran unos «fendós curriqués»— pone a prueba todos los recursos de las técnicas constructivas contemporáneas. Tras dos milenios de silencio, los romanos han vuelto a ocupar la capital de la antigua Lusitania. Y esta circunstancia ha quitado el sueño a los payos de Mérida.

Porque a los gitanos les trae sin cuidado la historia de Roma. Les interesa su propia historia, su vida presente, su futuro. ¿De dónde proceden los gitanos? «Eso nunca se lo podre contestar —me decía Enrique Salazar Fernández, "caló majaró", limpiabotas y lotero del Círculo Emeritense—, pero estoy loco por saberlo, estoy loco... He estado tres años trabajando en Alemania, en Austria, en Holanda... He hablado con muchísimos gitanos en todos esos países, y se lo he preguntado a ellos. Unos me han dicho que somos de la India; otros, de Hungría. No sé, no sé... He hablado largo y tendido con Enrique Salazar; él me ha puesto en contacto con otros gitanos y me ha ayudado lo indecible en mi tarea informativa. Enrique —Enrucuno para los «monrós»— es un perfecto caballero; su familia habita en Mérida desde hace más de un siglo: «Mis tatarabuelos se dedicaban al trato, como hay también payos que se dedican al trato para ganarse una peseta honradamente. Mi padre —al hablar de su padre Enrique no podía evitar un gesto de emocionada tristeza— ha sido muy grande aquí en Mérida. Ha sido, y que Dios me perdone que lo miente, conocido por «Mister Bola», el gran limpiabotas y el gran lotero de lotería. Ha sido uno de los grandes gitanos. Muy educado. Y no es porque lo diga yo; lo sabe todo el vecindario de Mérida. Yo he cogido las mismas normas de mi padre, que en paz descansa. El pobre mío murió en Cáceres; yo sigo con su mismo puesto en el casino, en el

Círculo Emeritense. Mi padre me habló muy bien: "Hijo mío —me dijo—, quiero que atiendas esto, porque aquí tendrás tu vida y para darle de comer a tus hijos, porque Mérida vale mucho". Mi padre era muy grande, muy grande... Enrique Salazar no es ningún «garandón», sabe «currular» de firme: «Yo siempre he estado en mi sitio y he cumplido con mi trabajo, y cuando varios payos alemanes, austríacos y holandeses se han enterado de que yo era gitano, me han dicho: "Enrico (allí me llamaban Enrico), tú eres un buen español y un buen trabajador, y no nos importa que seas gitano. Para nosotros eres un caballero y una bellísima persona, y puedes hacerte una idea de que te apreciamos mucho, lo mismo que a muchos payos no los apreciamos". Yo siempre he cumplido con mi deber. Por eso me parece mal que no se trate igual a los gitanos y a los payos. Porque tan hijos de Dios son los gitanos como los payos...».

El gitano es consciente de hallarse sometido a una especie de injusta discriminación. Esta opinión está más o menos radicalizada en unos u otros gitanos. Jesús Pardo, gitano chungón y con mucho «goberó», me indica la existencia de un auténtico racismo: «Si un gitano va a una casa de payos, el portero no le deja subir. ¿Por qué? Porque es gitano. Nada más que por eso. ¿Ustedes permitirían que una hija suya se casase con un gitano? Creo que no. Y eso que usted es un payo raro. Pues mire, yo tampoco dejaría a una hija mía casarse con un payo. En el fondo, los gitanos somos los españoles más puros. Los payos se casan con cualquiera; yo sé de payas que se han casado hasta con moros. Los gitanos sólo nos casamos con gitanas». Y le preguntaba: «Y si, por ejemplo, yo estuviese soltero y quisiera casarme con una hija suya, ¿qué haría usted?». Jesús Pardo sonríe burlón: «No sé, no sé... Usted es un payo muy raro...».

La reacción instintiva del gitano ante la presencia del payo es lógicamente defensiva. Los payos han perseguido y acosado a la raza gitana desde el mismo instante de su aparición en Europa. En Rumania fueron sometidos a la esclavitud; otro tanto aconteció en Rusia y Hungría.

Sin necesidad de remontarnos a la historia remota, podemos constatar que, en la Alemania nazi fueron asesinados cuatrocientos mil gitanos; en un informe del Gauleiter de Estiria, dirigido al ministro del Reich, doctor Lammers, se afirmaba que «por razones de salud pública, y en particular porque los gitanos tienen una herencia notoriamente recargada, son criminales empedernidos que constituyen unos parásitos en el seno de nuestro pueblo...».

También en nuestro país los gitanos han sido objeto de persecuciones e injusticias. Los gitanos llegaron a España (concretamente a Barcelona) en el año 1447; cabe asimismo la posibilidad de una inmigración anterior procedente del Norte de África. En 1449, una pragmática del cardenal Cisneros ordenaba el destierro de todos aquellos gitanos que careciesen de oficio reconocido. En 1528, una ordenanza real condenaba a galeras a los gitanos nómadas. Las Cortes de 1610 se hacen eco de «las muy grandes y lastimeras quejas por los daños que causan los gitanos y las gitanas», y el católico monarca Felipe IV, en un edicto de 1633, ordena: «En vista de que los "roms" no son gitanos ni de origen ni de naturaleza, sino españoles, y con el fin de obligarles a perder sus funestas costumbres, a no vestirse como lo hacen y a olvidar su idioma, ordenamos: que se los saque de sus barrios, separados los unos de los otros, con prohibición expresa de reunirse ni públicamente ni en privado; que no recuerden ni sus nombres, ni sus vestimentas, ni sus costumbres sobre las danzas y otras, bajo pena de tres años de destierro...». En 1692, Carlos II prohíbe a los gitanos llevar armas, ejercer otro oficio que no sea el de peón agrícola, poseer caballos y dedicarse al trabajo de herreros; los que abandonan los pueblos son castigados a seis años de galeras. Carlos III los denomina «neo-castellanos», pero les prohíbe emplear su idioma y hacer vida nómada. Los corregidores y agentes de la Justicia tienen permiso expreso para disparar contra los gitanos, considerados oficialmente como «bandidos públicos», e incluso para perseguirlos y apresarlos en el interior de las iglesias. Al margen

MÉRIDA: ROMANOS, PAYOS Y GITANOS

de las disposiciones legales, los payos, desde su privilegiada situación social, acosan, maltratan y menosprecian a los calés. Los primitivos cantes gitanos —sobre todo la toná— no son sino lamentos colectivos de una raza sojuzgada:

«Los "jeral" por las esquinas,
con velones y farol,
en alta voz se decían:
¡"Mararlo", que es "calorrró"!».

La Justicia —la Justicia de los payos, se entiende— es enemiga proverbial de los gitanos. Ser gitano equivale, a los ojos de un «perdinel», a ser sospechoso. Un «dromalé» de Arroyo de San Serván me contaba que, en cierta ocasión, los «churré» le preguntaron con gesto hosco: «¿Es usted gitano?». Y él respondió: «Sí, y a mucha honra». Y me explicaba: «Si me hubiesen preguntado: "¿Es usted de Badajoz?", yo habría dicho que sí, o que no, y nada más. Pero cuando le preguntan a uno si es gitano, la pregunta va con segundas. Y hay que contestar que a mucha honra».

Naturalmente, la situación del gitano no es idéntica en todas las zonas del país. El gitano que habita en los suburbios de Madrid y Barcelona se halla casi totalmente marginado de la sociedad; en estos enclaves urbanos, el gitano honrado se ve forzado a convivir con el «randi», el «engibaor», el «polínche», el «sage» y el «choró». Por el contrario, en Extremadura el gitano alcanza un relativo grado de integración. «Comparado con Madrid —me decía el guasón de Jesús Pardo—, esto es caramelo». Muchos payos extremeños desempeñan idénticos oficios que los gitanos —compraventa de ganado, por ejemplo—; al verse incluidos en los mismos cauces profesionales, los payos han aprendido a «chamuyar» un poco de «chipi-calli»; en contrapartida, los gitanos han olvidado gran parte de su propia lengua.

«Ya sólo hablan "caló" de verdad los gitanos viejos», me explicaba Enrique Salazar. Yo le preguntaba cómo se había entendido con los gitanos europeos que él había conocido. «Yo entendía un poquito el "romani"». Los de Alemania y Austria hablan la misma lengua. Cuando se enteraron de que yo era gitano, vinieron en seguida a verme. "Du bist Zigeuner von Spanien?" ("¿Tú eres gitano de España?"). No sé si será una costumbre antigua, pero los gitanos, cuando nos reconocemos los unos a los otros, nos tratamos en seguida. Los payos no hacen lo mismo. Nosotros, los gitanos, no abandonamos nunca a un compañero en un apuro...».

Afortunadamente, los gitanos de Mérida no se han visto metidos en ningún apuro. Son ruidosos y

alegres, pero no turbulentos. Por la mañana, muy temprano, los tratantes de ganado van al «Rodeo», una extensa pradera junto a la ribera del Guadiana. Allí, a la sombra del puente romano, se «quinela», se «bisna» y se «purruba». Pero el «butifuyi» es cada vez más escaso; los «grastés», «greles» y «chorés» han sido desplazados por el motor de explosión. «A nosotros —comentaba un gitano apoyado con gesto melancólico en el lomo de una caballería—, el Barreiros ese nos ha hecho la puñeta». La decadencia de la ganadería equina ha repercutido en las economías gitanas.

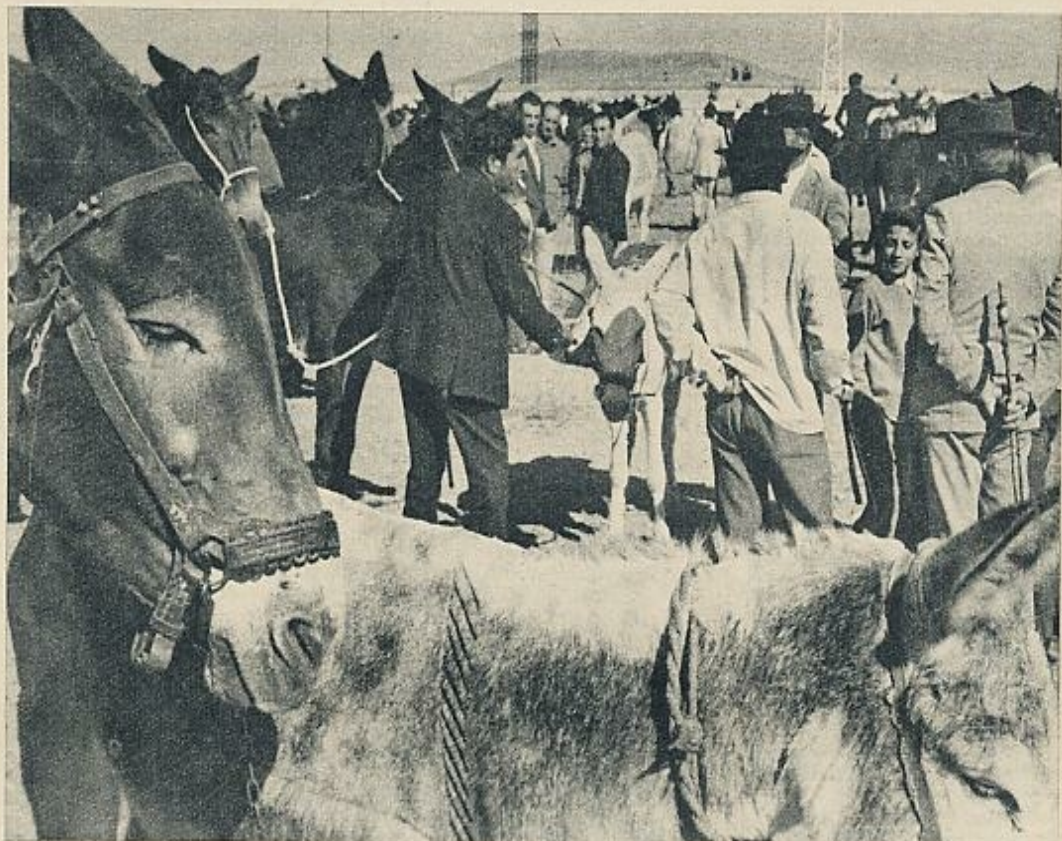
Paco. Incluso, una foto que le hice salió velada. Lamento sinceramente ambas desgracias.)

Sin embargo, hubo varias peticiones de mano. ¿Cómo es una petición gitana de mano? Enrique Salazar me lo explicó detalladamente: «Supongamos que yo estoy soltero y a mí me gusta una gitana. Entonces, mis padres se acercan a los padres suyos y les hablan: "Mira, Fulano, mi hijo está enamorado de tu hija. ¿Te parece bien que se hagan novios? Porque tú me conoces a mí, que soy de buena familia, yo te conozco a ti, que eres de buena familia...". Y, claro, los padres

bodas, ni juergas, ni pedidas de mano. Las fiestas de bodas son por estas fechas. Es una costumbre que hay desde hace muchos años...».

La boda se celebra uno o dos años después de la petición de mano. Es una de las ceremonias en las que el gitano hace mayor alarde de intimidad folklórica: ningún payo, que yo sepa, ha sido jamás invitado a una boda gitana. La mayoría de las descripciones y testimonios existentes sobre el tema se basan en referencias de segunda mano. La falta de inmediatez de tales informaciones puede hacernos du-

El "Rodeo": feria de ganado de Mérida. Aquí se "currela", se "bisna" y se "purruba". Pero el "butifuyi" escasea más cada vez...



Las fiestas de octubre no son la sombra de lo que fueron. Así me lo garantizaron todos los gitanos con los que hablé. Paco, un limpiabotas de aspecto feroz y carácter sumamente cordial a quien sus compañeros de raza han apodado cariñosamente «El Sapo», coincidía en esta apreciación: «Si usted hubiese visto la plaza hace dos o tres años... No cabía un alfiler. Y es que había más dinero. Esto del trato ya no da para nada. Usted y yo tenemos que hablar mucho. Luego hablamos, ¿eh?» (Por desgracia, la escasez de tiempo me impidió hablar con

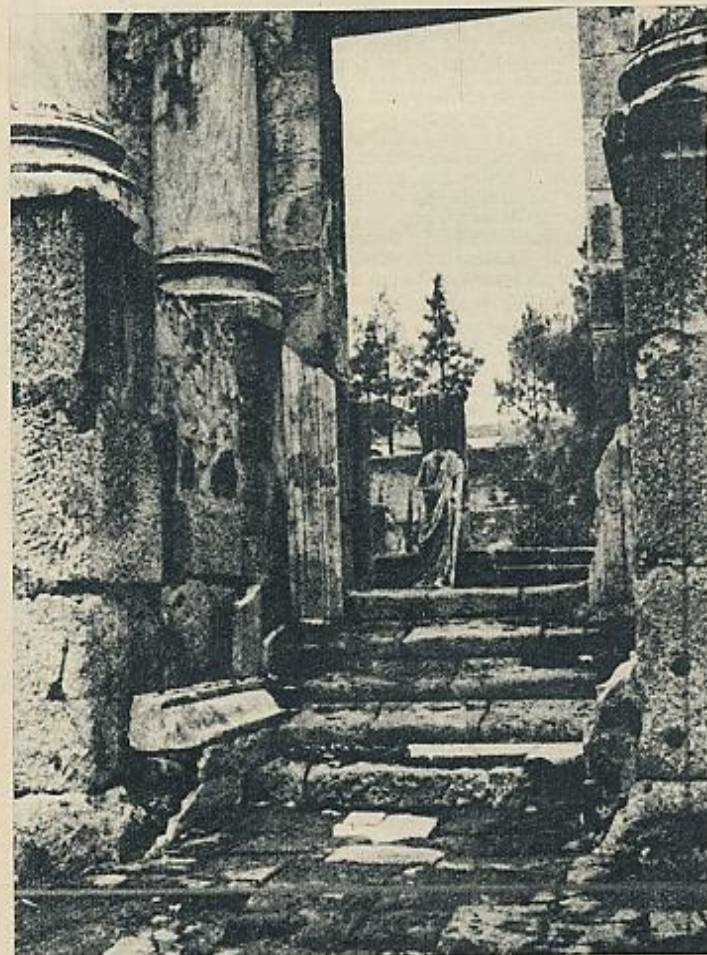
de ella dicen: "Pues, mira, hija, acéptalo, porque ese muchacho es muy buena persona y sus padres son también muy buenas personas...". Los novios se conocen sólo un poquito antes de la petición. Se tienen un poquito de idea; son amigos, salen juntos... Pero luego tienen que intervenir los padres. Porque es un orgullo para los padres de ella y para los padres de él, ¿me entiende usted? Y eso se festeja, es nuestra costumbre, haciendo una fiesta de cantar mucho, de bailar mucho... Hay otra feria más grande en septiembre, pero no es para

dar de su veracidad. Por otra parte, las actuales bodas gitanas son muy similares a las de los payos. «Antiguamente, hace cincuenta años —me relataba Enrique—, los gitanos no se casaban por la Iglesia. Ahora casi todos, casi todos se casan por la ley de Dios, por la Iglesia. Se va a la iglesia, a las cuatro o las cinco de la tarde, y se celebra una boda normal y corriente. Luego, en un salón grande, hay una fiesta. Se bebe mucho, se baila mucho, se canta mucho...». La leyenda esotérica creada en torno a las bodas gitanas alude principalmen-

Enrique Salazar Fernández,
"caló majaró", heredero espiritual
de "Mister Bola", el gran
limpiabotas y lotero del Círculo Emeritense.



Los "corpinchobés" eran unos "fendós
curriqués". Los restos de Augusta Emérita
dan fe de que "currelaban" bien.



te a la prueba de la virginidad de la novia, y en efecto, esta prueba continúa practicándose en nuestros días. «Es un orgullo para nosotros que, cuando casamos a una hija, esa hija esté "santa". Eso lo ven la madre de él y la madre de ella, las dos juntas. Las dos madres comprueban si la gitana está "santa" con un pañuelo blanco. Y es un orgullo poder enseñar el pañuelo manchado de sangre...». Las costumbres gitanas son sumamente rígidas en lo tocante a la conducta sexual de la mujer. Entre las gitanas no abundan las «lumiascas»; son, en todo caso, una excepción que confirma la regla. Las gitanas son enormemente pudorosas. Las costumbres calés, no contaminadas por las injerencias del progreso social, están en franca contradicción con los movimientos de emancipación de la mujer. La autoridad familiar reside en la figura del padre. El abuelo posee autoridad sobre los hijos solteros, pero no sobre los casados. Sin embargo, a los ancianos, sean o no de la familia, se les profesa un intenso respeto. «Siempre tenemos un respeto a los gitanos viejos. Si tenemos un fallo en nuestra vida, vamos a ver a un anciano, a pedirle consejo. Aunque no nos toque nada, le hablamos de "tío". A nosotros nos pasa esto o lo otro, y el "tío" nos da un poquito de consejo: "Yo voy a hablar contigo y con el que has tenido un poquito de bronca, y luego te daré la razón a ti, o al otro, según yo vea...". Los viejos hacen estos arreglos, ¿entiende usted?».

La rigidez y el arcaísmo de las costumbres gitanas son un arma de doble filo. Por una parte, han contribuido a la marginación del pueblo gitano (si bien es cierto que la causa determinante de tal marginación hay que buscarla, ante todo, en la conducta de los payos). Por otra parte, han ayudado a los gitanos a resistir casi heroicamente en las difíciles rutas de su supervivencia. Pretender que los gitanos relajen o abandonen sus costumbres, sin darse al mismo tiempo un auténtico proceso de integración económica y social, constituye un irrisorio y utópico prurito paternalista. El problema gitano reviste en España todos los caracteres de un problema racial. Y afirmar que los payos hispánicos no son racistas es una cruel y grotesca mentira.

Al atardecer, los gitanos invaden por completo la plaza mayor de Mérida. Algunos gitanos adultos, sentados ante un velador, ultimán los detalles de un trato comercial o de una próxima boda; de vez en cuando, uno de ellos se levanta y se quita el sombrero con respeto: alguien ha pronun-

ciado el nombre de un pariente difunto, y el sobrio saludo es una especie de demostración de afecto póstumo. Simultáneamente se forman grandes «ruyipatés» en torno a improvisados cantaores y bailaores. Las palmas suenan con un ritmo prodigiosamente perfecto. Los niños también participan en la juerga; un «chínorré» que, horas antes, en un puesto ambulante de la calle de Santa Eulalia, vendía «un estuche conteniendo siete bolígrafos, para que usted lleve a sus hijos por el camino de la cultura y de la verdad...», taceña ahora con indudable frenesí. Se canta por bulerías y por tanguillos; algunos epigonos de Peret se dedican fervorosamente a las rumbitas. La botella de «pañaló» pasa de mano en mano. Los «perdineles», grises y aburridos, vigilan desde los soportales del Ayuntamiento. Ha comenzado la noche gitana. Los payos pasean en silencio, como si sintieran vergüenza de serlo. Publio Carisio y los legionarios romanos se remueven, inquietos y escandalizados, en sus tumbas. Mérida no pertenece a los payos ni a los romanos. Mérida es la Roma de los gitanos. ■ S. R. S.

(1) A lo largo de este reportaje se emplean con cierta frecuencia palabras en «caló». Para facilitar su comprensión a los lectores payos, se adjunta una traducción al castellano de dichos términos.

Bisnar	Vender.
Butifuyí	Grupo de animales, ganado.
Corpinchobé	Romano.
Currelar	Trabajar.
Curriqué	Albañil.
Chachipén	Verdad.
Chanuyar	Hablar.
Chínorré	Niño.
Chipi-calli	Lengua gitana, caló.
Choré	Mulo.
Choró	Pordiosero, mendigo.
Churré	Guardia civil.
Diñar	Dar.
Dromalé	Muletero, tratante.
Engibaor	Chulo, matón.
Fendó	Excelente, magnífico.
Garandón	Vago.
Garapatís	Gracias.
Goberó	Porte, prestancia.
Grasté	Caballo.
Grel	Asno.
Jerai	Señor, payo.
Lumiasca	Prostituta.
Majaró	Cabal.
Monró	Amigo, conocido.
Pañaló	Aguardiente.
Perdinel	Guardia, policía.
Polinche	Encubridor de ladrones.
Purrubar	Cambiar, permutar.
Quinielar	Comprar.
Quiribó	Amigo íntimo.
Randí	Ratero, ladrón.
Rati-calli	Raza calé.
Ruyipaté	Corro, círculo.
Sage	Fullero.